

El movimiento obrero europeo: el legado ideológico del pacto social

Asbjørn Wahl

El movimiento sindical europeo está a la defensiva. También atraviesa por una profunda crisis política e ideológica. En la actualidad, los sindicatos se ven incapaces de cumplir su papel de defensores de los intereses económicos y sociales inmediatos de sus miembros. Han perdido terreno en todos los sectores e industrias. Lo que una vez fue el movimiento sindical más poderoso y más influyente del mundo capitalista, en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, se encuentra hoy en día claramente confuso, carece de una visión clara y alberga dudas sobre su nueva orientación social y política. Irónicamente, las mismas teorías, análisis y políticas que le confirieron toda su fuerza en el periodo de posguerra se han convertido ahora en una pesada carga. El legado ideológico del «pacto social» está haciendo que el movimiento sindical tome un camino errado.

La ofensiva neoliberal

Tras todos los desarrollos que acabamos de mencionar, está presente la transformación neoliberal que está teniendo lugar en nuestras sociedades. Como

• Artículo publicado en *MR*, vol. 5, nº 6, enero de 2004, pp. 37-49. Traducción de Joan Quesada. Asbjørn Wahl es funcionario de la Fagforbundet (sindicato noruego de trabajadores municipales y de la salud) y vicepresidente de la Sección de los Trabajadores del Transporte por Carretera de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF en sus siglas en inglés). También es coordinador nacional de En Defensa del Estado del Bienestar, una alianza nacional de base sindical que lucha contra la privatización y la desregulación, así como para la protección de los logros sociales del estado del bienestar.

no es el tema de este trabajo ocuparse de tal proceso, permítasenos mencionar tan sólo unos pocos puntos destacados. Durante los últimos veinte años, hemos tenido que afrontar una inmensa ofensiva de las fuerzas neoliberales. Los intereses capitalistas han pasado a la ofensiva y hemos presenciado una enorme alteración del equilibrio de fuerzas entre trabajo y capital. Por supuesto, las compañías multinacionales han estado situadas en la vanguardia de todos esos cambios. El «pacto social» de la posguerra entre trabajo y capital, la política de coexistencia pacífica entre sindicatos y patronos, ha quedado roto. El bando del capital se ha retirado del pacto social y persigue cada vez más una política de confrontación con el movimiento obrero organizado.

Los intentos de las compañías multinacionales y de su servidumbre política de profundizar en las posiciones de poder recién adquiridas e institucionalizarlas representan una parte importante de esa evolución. Eso se está haciendo, principalmente, a través de instituciones y acuerdos internacionales tales como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y a través de estructuras regionales de poder como la Unión Europea (UE). Como esos cuerpos son menos democráticos que los gobiernos locales y estatales, han resultado ser los instrumentos más útiles y más efectivos para la institucionalización del poder de las corporaciones.

El análisis que sigue a continuación se basa en la idea de que la UE es en la actualidad el conducto a través del cual se está institucionalizando en Europa el modelo social y económico neoliberal. La UE y otras instituciones regionales y supranacionales se están edificando sobre la base del nuevo equilibrio de poderes y no habrá modo de cambiarlas, democratizarlas o vencerlas hasta que les sea posible a los trabajadores alterar a favor suyo el presente equilibrio de fuerzas. Un cambio así requeriría que el movimiento sindical hiciera de la movilización popular y la movilización del poder de la clase trabajadora su principal tarea a largo plazo.

Nuevas condiciones, viejas políticas

Desgraciadamente, movilizar el poder de la clase trabajadora no es el proyecto actual del movimiento sindical europeo. La paradoja a la que se enfrenta el movimiento obrero es que, mientras que el clima económico y político en el que han de operar los sindicatos ha variado enormemente, la mayoría de los sindicatos han seguido buscando una política de pacto social. Consideran que la llamada globalización no es el resultado de unas estrategias conscientes y unas nuevas relaciones de clase y de poder, sino más bien la consecuencia necesaria de los cambios tecnológicos y organizativos: una

postura notablemente similar a la que expresaba Margaret Thatcher al afirmar, de manera infame, que «no hay alternativa». Lo que hace falta, dicen, es transferir la política de pacto social del nivel nacional a los niveles regional y global. Los métodos que utilizan son el «diálogo social» con las organizaciones patronales y las instituciones estatales y supraestatales, las campañas para la introducción formal en los acuerdos comerciales internacionales y en las organizaciones comerciales de unos ciertos estándares laborales (tales como las convenciones sobre el trabajo de la Organización Internacional del Trabajo [OIT], las cuales, entre otras cosas, prohíben los trabajos forzados, garantizan los derechos de libre asociación y de negociación colectiva y prohíben la discriminación laboral), además de perseguir unos códigos de conducta de responsabilidad social corporativa (RSC) y acuerdos marco con las compañías multinacionales. Estos últimos son códigos de conducta voluntarios, no vinculantes y no sometidos a presión alguna para su cumplimiento desarrollados por las propias compañías multinacionales. Hasta el momento, no han tenido un efecto identificable sobre el comportamiento de las corporaciones y parece que su principal objetivo es contrarrestar la imagen pública negativa que tienen muchas empresas multinacionales.

Esa estrategia de «diálogo social» se persigue independientemente de cualquier análisis concreto de las relaciones de poder y sin el reconocimiento de la necesidad de movilizar el poder popular y de clase para lograr el cambio social. Para entender la situación actual, debemos examinar más de cerca la historia del movimiento obrero en Europa y, en particular, la política de pacto social, cuya historia y cuyo impacto apenas si se puede sobreestimar si lo que se desea es entender la crisis política e ideológica del trabajo.

El compromiso histórico entre Trabajo y Capital

A lo largo del siglo xx, el movimiento sindical de la Europa occidental fue desarrollando gradualmente algo así como una pacífica acomodación a los intereses capitalistas. Durante la década de 1930, dicha acomodación quedó institucionalizada por primera vez en algunas partes de Europa, principalmente en el norte, cuando el movimiento sindical llegó a un acuerdo con las organizaciones patronales. Después de la Segunda Guerra Mundial, se produjo un proceso similar en la mayor parte del resto de la Europa occidental.

El pacto social entre trabajo y capital fue la base sobre la cual se desarrolló el estado del bienestar y a partir de la que, gradualmente, fueron mejorando las condiciones salariales y laborales. Después de un periodo caracterizado por la confrontación entre trabajo y capital, las sociedades

entraron en una fase de paz social, de negociaciones bipartitas y tripartitas (fuerza laboral, patronos y estado) y de políticas de consenso. Dado que esa política propició importantes logros en materia de bienestar, de salarios y de condiciones laborales, recibió el apoyo masivo de la clase trabajadora. Como consecuencia, los sectores más radicales y anticapitalistas del movimiento obrero fueron quedando poco a poco marginados. Así pues, todos esos desarrollos llevaron a la despolitización y la desradicalización del movimiento obrero y a la burocratización del movimiento sindical. Los partidos socialdemócratas adquirieron el papel histórico de administradores de esa política de pacto entre clases. No es sorprendente, pues, que las dificultades que asedian actualmente a los sindicatos tengan su reflejo en los problemas a los que se enfrentan los partidos socialdemócratas en Europa.

Es importante darse cuenta de que esa concertación social entre trabajo y capital fue consecuencia de la fuerza real de los sindicatos y del movimiento obrero. Los patronos y sus organizaciones tomaron conciencia de que no podían derrotar a los sindicatos. Hubieron de reconocerlos como representantes de los trabajadores y negociar con ellos. En otras palabras, ese pacífico acomodo de trabajo y capital descansaba sobre la base de un movimiento obrero fuerte. Otro factor importante en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial fue el hecho de que el capitalismo atravesara por un periodo de más de veinte años de fuerte crecimiento económico de manera estable. Eso permitió que los dividendos pudieran ser compartidos entre trabajo, capital y el sistema de bienestar público.

Uno de los componentes decisivos del pacto social fue la regulación por parte de las naciones del capital y de los mercados. El control del capital estaba a la orden del día en todos los países. Los pactos entre el trabajo y el capital se producían de manera ordenada y pacífica dentro de las fronteras nacionales. Una consecuencia destacada de eso fue el hecho de que el movimiento sindical cobrara una orientación muy nacional. El internacionalismo del movimiento sindical comenzó a deteriorarse hasta convertirse en una especie de diplomacia dentro de los cuerpos internacionales (como la OIT) e, incluso, a tomar la forma de diferentes clases de turismo sindical, con escasa o nula conexión con las necesidades y los intereses inmediatos de los miembros, aunque parte de la retórica política internacionalista siguiera inalterada.

A pesar de esa retórica socialista, el pacto social significaba para el movimiento sindical la aceptación de la organización capitalista de la producción, de la propiedad privada de los medios de producción y del derecho de los patronos a dirigir el proceso de trabajo. A cambio de los logros en materia de bienestar y de condiciones de trabajo, las confederaciones sin-

dicales garantizaban la paz industrial, así como la moderación en las negociaciones salariales. En palabras sencillas, lo que el movimiento obrero consiguió a cambio de abandonar su proyecto socialista fue el estado del bienestar y una mejora gradual de las condiciones de vida. Hoy en día podemos concluir que fue un logro a corto plazo en un contexto histórico muy específico, un logro que contribuyó sobremanera a la despolitización y la desradicalización de la clase trabajadora.

Uno de los rasgos destacados de ese contexto era la existencia de un sistema económico competidor en la Unión Soviética y la Europa del Este. Tal y como señalaba el historiador británico Eric Hobsbawm, tal hecho representaba un instrumento para forzar a los capitalistas de Occidente a aceptar un compromiso.¹ Fue sobre la base de ese acuerdo que se hicieron realidad la mayor parte de las reformas y de las instituciones del bienestar a lo largo de las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. En otras palabras, la parte capitalista se opuso al movimiento obrero radicalizado surgido de la crisis de los años de 1930 y de la guerra con una estrategia consciente. Voluntariamente, se sumaron a los pactos sociales y cedieron ante muchas de las reivindicaciones sociales y económicas del trabajo para ganar tiempo, así como para sofocar los sentimientos socialistas del movimiento obrero. Vista desde la perspectiva que nos brinda el momento actual, podemos decir que la estrategia fue considerablemente exitosa.

Uno de los efectos colaterales apreciables de ese compromiso de clase fue una tajante división del trabajo dentro del movimiento obrero. Las condiciones de compra y venta de la fuerza laboral las regulaba el movimiento sindical por medio de negociaciones, mientras que la seguridad social para los desempleados la dispensaban los partidos socialdemócratas en el parlamento. Eso sentó las bases para que el movimiento sindical evolucionara hacia un economicismo más estrecho, cosa que actualmente debilita a los sindicatos en la medida que los partidos socialdemócratas se han echado atrás incluso con respecto a sus políticas reformistas de otros tiempos.

La ideología del pacto social

Durante la era del pacto social, parecía que la citada estrategia corporativa hubiera cegado al movimiento obrero. A partir de la experiencia real de veinte años de continuas mejoras de las condiciones de vida y las condiciones laborales, la lectura más habitual era que se había dado con una forma de que la sociedad le brindara a la gente común un progreso social y una distribución relativamente justa de la riqueza sin tener que soportar la lucha de clases y el enfrentamiento social. Se creía que la sociedad capitalista había

alcanzado un nivel más elevado de civilización. Gracias a las graduales reformas, el movimiento obrero había incrementado el control democrático de la economía. Se había hecho realidad un capitalismo libre de crisis. Ya no habría más crisis económicas como la de la década de 1930, no más desempleo masivo, no más tensiones sociales y no más miseria entre el pueblo. Todas las tendencias sociales apuntaban hacia arriba. Para la gran mayoría del movimiento obrero, se trataba de la vía reformista hacia el socialismo, y ¡todo el mundo podía darse cuenta de que funcionaba!

Esos logros sociales reales conformaron la base material de una ideología de concertación social que sigue teniendo un fuerte arraigo entre la burocracia sindical europea. Personalmente, la primera vez que oí a alguien expresar abiertamente esa ideología fue al participar en la formación sindical básica que ofrecía el centro de educación de la Confederación de Sindicatos de Noruega a principios de la década de 1980. Allí aprendí que el primer tercio del siglo xx estuvo marcado por un intenso conflicto entre trabajo y capital, que incluía huelgas generales, cierres patronales y el uso de fuerzas policiales y militares contra las organizaciones de trabajadores en lucha. Fue un periodo destructivo que, al final (la década de 1930), no había llevado a los trabajadores a ninguna parte. Sólo fue cuando se abandonó esa política de confrontación, cuando el movimiento sindical comenzó a asumir una completa responsabilidad social, que se lograron verdaderos progresos: mejores condiciones laborales, mejores salarios y reformas de bienestar social. En otras palabras, la confrontación con los patronos es destructiva; la forma de avanzar es a través del diálogo social pacífico. Esa fue la mejor lección que aprendí en el centro educativo sindical en fecha tan tardía como es a principios de la década de 1980.

El análisis que acabo de mencionar estaba equivocado entonces, y lo sigue estando hoy en día. No obstante, las consecuencias de tal equivocación resultan más peligrosas para el movimiento sindical ahora que se ha roto el pacto social. Lo que ese análisis oscurece es el hecho de que los grandes logros en materia de bienestar y de condiciones laborales, pertenecientes al periodo del compromiso de clase posterior a la Segunda Guerra Mundial, fueron el fruto de los conflictos previos. Los progresos se realizaron sólo porque la clase trabajadora había alterado el equilibrio de fuerzas entre trabajo y capital gracias a las confrontaciones y a la dura lucha de clases de la primera parte del siglo xx, incluida la Revolución Rusa. En otras palabras, fueron las luchas confrontacionales del periodo previo las que hicieron posible los logros que más tarde se hicieron realidad por la vía de las negociaciones pacíficas.

La ruptura del pacto social

Sin embargo, el compromiso entre clases era un constructo frágil, dado que su supervivencia dependía de la existencia de una economía capitalista estable con una alta tasa de crecimiento. El compromiso se fue erosionando gradualmente con el advenimiento de profundas crisis económicas sobre el capitalismo occidental a principios de la década de 1970. Las crisis instigaron a las fuerzas capitalistas a pasar a la ofensiva (entre otras razones, para reducir costes). Al atacar los derechos sindicales, los salarios y los gastos públicos, se socavaron las bases mismas del estado de bienestar.

Esa nueva evolución tomó por sorpresa a unos movimientos sindical y obrero desradicalizados y despolitizados. De repente, los patronos se habían vuelto mucho más hostiles en las mesas de negociación. Las negociaciones, que previamente versaban principalmente sobre mejoras de los salarios y de las condiciones laborales, empezaron entonces a incluir el ataque a los logros anteriores y a las regulaciones existentes. Como la mayoría de los líderes sindicales estaban imbuidos de un ambiente de compromiso entre clases y de paz social, no estaban preparados para tales ataques. Dentro del marco de la ideología del pacto social, la ofensiva neoliberal resultaba sencillamente incomprensible. La burocracia sindical permaneció pasiva y el movimiento sindical se vio forzado a pasar a la defensiva. En muchos países, muchos trabajadores abandonaron completamente los sindicatos, ya que estos se mostraron impotentes a la hora de proteger sus intereses.

Así pues, la década de 1980 supuso un enorme retroceso para el movimiento sindical, cosa que se aprecia en las estadísticas sobre el nivel de afiliación sindical (o de organización de la fuerza de trabajo) de algunos países importantes de Occidente (véase la tabla 1).

Los pocos sindicatos que intentaron pasar a la acción contra los ataques neoliberales, como fue el caso de los mineros británicos, salieron derrotados. En el caso británico, una de las razones de la derrota fue que la burocracia de la Confederación de Sindicatos (TUC [Trade Union Congress]) consideraba que las acciones militantes en la industria constituían una amenaza mayor para la política de consenso del pacto social que los feroces ataques de las compañías mineras y del régimen thatcherista. Muchos años después, la TUC admitió que se había equivocado al no apoyar la huelga de los mineros, pero, para entonces, el daño ya estaba hecho. Y cabe destacar que la TUC no ha variado en su apoyo al pacto social.

Tabla 1: Trabajadores organizados como porcentaje de la fuerza de trabajo

	1985	1995
Francia	15	9
Italia	48	44 (1994)
Gran Bretaña	59 (1979)	31
España	27 (1980)	19 (1994)
Alemania (Occidental)	35	29 (1993)

Fuente: A. Wahl et al., «“På tide å lære fransk”: Strategi for motsand», en F. Gustavsen y M. Thorkildsen (eds.), *Markedets vidunderlige verden* (John Griegs Forlag, Oslo, 1998).

Con el hundimiento de las economías dirigidas de la Europa del Este, hacia 1990, desaparecía la única alternativa al capitalismo occidental. El capitalismo había triunfado en todos los frentes y, para los patronos, el compromiso con el trabajo dejaba de ser necesario. Ahora, las fuerzas capitalistas podían perseguir sus estrechos intereses económicos y políticos con menos inhibición. Esa es la razón por la que el compromiso entre clases (o el modelo del consenso) se ha venido abajo, o lo está haciendo, en toda la Europa Occidental. Las precondiciones históricas y económicas del pacto han cesado, y el producto más importante de dicho compromiso, el estado del bienestar, se está viendo progresivamente sometido a mayores presiones.

El ala dominante de los líderes sindicales actuales no entiende el análisis de las relaciones de poder que acabo de exponer. Cuando dio comienzo la ofensiva neoliberal, hace unos veinte años, y los patronos rompieron gradualmente con la política de concertación social, la única respuesta que fue capaz de formular la mayor parte de la burocracia sindical fue la de seguir adelante con su política de consenso. Algunos sindicatos casi han llegado a rogarles a los patronos hostiles que retornen al pacto social. Esa política se ha visto alimentada por la fuerte orientación nacional del movimiento sindical. Más que reorientarse hacia el enfrentamiento con los intereses, ahora más agresivos, del capital, esa estrecha orientación nacional y la ideología que los sindicatos mantienen de la concertación social han llevado a gran parte del movimiento sindical a aliarse con —y, por lo tanto, subordinarse a— la lucha del capital «nacional» por ser internacionalmente competitivo. En Alemania, el término «Standort Wettbewerb» [«la competencia del lugar»] se utiliza para referirse no sólo a las alianzas de los sindicatos con las empresas alemanas, sino al apoyo al Estado alemán en la competencia de Alemania con otras naciones.

Enormes sectores del movimiento sindical se han visto arrastrados a más sindicalismo de empresa y a más formalismo legal, en lugar de evolucionar

hacia una estrategia basada en el análisis de clase y en la evaluación de la correlación de fuerzas. La lucha del movimiento sindical alemán a mediados de la década de 1990 por lograr la «unidad por el trabajo» es un buen ejemplo de esa política de alianza nacional con los patronos. Se trataba de una propuesta de renovación formal del pacto social. La realizó la Confederación de Sindicatos alemana y ofrecía la aceptación de unas peores condiciones laborales a cambio de la seguridad en el puesto de trabajo. Los patronos la rechazaron. Igualmente, la lucha de miras relativamente estrechas por imponer unas mínimas condiciones laborales en la OMC, que llevan años librando los líderes del movimiento sindical internacional, es una excelente muestra del formalismo legal que se ha desarrollado sin un análisis de la correlación de fuerzas entre trabajo y capital.

Los burócratas sindicales, tanto en el nivel nacional como en el internacional, siguen percibiéndose a sí mismos como los mediadores entre el trabajo y el capital. Hoy en día, cuando las fuerzas capitalistas han pasado a la ofensiva y han propiciado el desarrollo de un movimiento popular internacional a favor de la justicia y la solidaridad y opuesto a la actual globalización corporativa, el movimiento sindical internacional está ansioso por definirse a sí mismo como la fuerza mediadora entre dicho movimiento y los intereses corporativos. Es algo que se expresó abiertamente en el tercer Forum Social Mundial (FSM) celebrado en Porto Alegre, Brasil, en enero de 2003 (en paralelo al Forum Económico Mundial [FEM] de las élites políticas y económicas celebrado en Davos, Suiza). En ese momento, el movimiento sindical internacional hizo pública una declaración, «Democratizar la globalización: declaración de los sindicatos al FSM 2003 y al FEM», firmado por todos los organismos sindicales internacionales de significación.² Entre otras cosas, se afirmaba que:

El movimiento sindical internacional tiene un mensaje común que transmitir a Porto Alegre y a Davos. Hace falta unificar visiones, voluntades políticas y las capacidades necesarias a nivel global para lograr el desarrollo y para garantizar un trabajo decente a los millones de trabajadores que viven hoy en día en la precariedad y en la pobreza, sin perspectivas de un futuro mejor. Eso implicará un compromiso con respecto a los recursos, así como compromisos sobre papel. Requerirá sistemas de gobierno que propicien nuestro bien común, nuestros derechos y democracia. Requiere unos procesos democráticos efectivos y requiere un diálogo que los haga realidad. Presionaremos al FEM para que atienda a la necesidad de globalizar la justicia social. Al mismo tiempo, contribuiremos al FSM para encontrar enfoques constructivos para democratizar la globalización en interés de todos los trabajadores.³

En otras palabras, la mayoría de las organizaciones sindicales no se consideran parte del nuevo movimiento contra la globalización corporativa.⁴ Consideran que el movimiento es demasiado radical políticamente. Así pues, la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (ICFTU [International Confederation of Free Trade Unions]) o los Sindicatos Globales [Global Unions] no suman fuerzas con el resto de los movimientos cuando asisten al Forum Social Mundial, sino que celebran sus propias conferencias y reuniones en los márgenes de los foros. Al mismo tiempo, envían delegaciones del mismo rango al Forum Económico Mundial. «Siempre hemos conseguido la mayoría de las cosas por medio del diálogo» es la frase que repiten constantemente.

Políticas independientes de las relaciones de poder

La absoluta falta de un análisis de las relaciones de poder y de las precondiciones de las estrategias sindicales también queda patente en las tareas de formación que realizan internamente los sindicatos. Toda una cantidad de sindicatos y confederaciones sindicales de la Europa occidental están desarrollando programas de formación en forma de proyectos de solidaridad con sindicatos hermanos de la Europa del Este y en los países en vías de desarrollo. A través de esos proyectos educativos, los sindicatos occidentales están extendiendo lo que consideran que es su propio gran triunfo: el pacto social. Están intentando convencer al movimiento sindical del resto del mundo de las ventajas de seguir un modelo de concertación social. A la vista de las actuales relaciones de fuerzas, ese tipo de educación resulta contraproducente para los sindicatos de la Europa del Este y del mundo en vías de desarrollo, sometidos al ataque de unos patronos agresivos y dados a la confrontación.

Es importante señalar que los desarrollos antes descritos han afectado más a los sindicatos de la industria manufacturera que a los del sector público o a partes de la industria del transporte. La razón es que las manufacturas están expuestas de manera más directa y más intensa a la competencia internacional. Por lo tanto, la regresión de los sindicatos y su giro político e ideológico hacia la derecha han sido más dominantes en la manufactura que en ningún otro sector del movimiento.

La mayor parte de la burocracia sindical europea —y, en particular, la Confederación Sindical Europea (ETUC [European Trade Union Confederation])— persigue la desastrosa continuación de la política de concertación social en una situación en que las bases económicas y sociales de tal concertación se están evaporando. Así pues, en los últimos pocos años, hemos asis-

tido a un incremento de la actividad en forma de consultas, negociaciones, grupos de presión y del llamado diálogo social entre los supuestos socios en la empresa de la concertación dentro del mercado laboral. El resultado ha sido, hasta el momento, el fortalecimiento del desarrollo de la burocracia dentro del movimiento sindical europeo. El diálogo social, o las «negociaciones a escala de la UE», como algunos, erróneamente, lo han calificado, es una práctica que no incluye el derecho a emprender acciones industriales. Es fácil entender, pues, por qué los resultados han sido tan exiguos.

En el nivel internacional, la ICFTU es la más firme defensora de la política de concertación social, lo que quedaba muy claramente expresado en una declaración en la que se comentaba el Compacto Global de las Naciones Unidas [United Nations Global Compact]. Entre otras cosas, la organización se jacta de haber emitido un comunicado conjunto con las Naciones Unidas, y utiliza para ello el mismo lenguaje clave que utiliza un comunicado conjunto equivalente de las Naciones Unidas y la Cámara de Comercio Internacional, a saber:

Se ha acordado que unos mercados globales requieren una reglamentación global. El objetivo debería ser el de permitir que los beneficios de la globalización se extiendan cada vez más a todas las personas gracias a la creación de un marco efectivo de reglamentación multilateral para una economía mundial que se está viendo transformada por la globalización de los mercados [...] En la reunión se acordó que el Compacto Global debería contribuir a dicho proceso ayudando a construir la concertación social entre empresa y trabajo.⁵

En el nivel de la empresa, la respuesta burocrática la han representado los Consejos Europeos del Trabajo [European Works Councils]. Esos consejos de representantes de los trabajadores en las empresas transnacionales no otorgan a los trabajadores ninguna influencia real, aunque pueden ser útiles para recabar información y realizar contactos sindicales. Los consejos tienen menos influencia que otras instituciones similares creadas en los países nórdicos y en Alemania en el periodo de posguerra, aunque incluso estas han perdido influencia real en esos países según han ido ganando terreno las fuerzas del mercado.

En Europa, esa política impotente de diálogo social está llevando al movimiento sindical a un punto muerto. Una política sindical de nivel europeo basada en la movilización de sus miembros para enfrentarse a los ataques de los patronos es algo casi inexistente, aunque se hayan observado tendencias que van en dicha dirección en el nivel nacional (en Francia, en 1995, y en Italia, en 2002).

La deprimente consecuencia de esa clase de política ha sido la aceptación por parte del sector dominante del movimiento sindical de una reducción paso a paso del estado del bienestar y de las condiciones laborales. En las negociaciones, los sindicatos han ido aceptando gradualmente una mayor «flexibilización» del trabajo. En diferentes países europeos hemos asistido a la reducción de la paga por baja laboral y de las pensiones, a cortes en la prestación por desempleo, a un aumento de las tasas que se abonan por hacer uso de la educación pública, de la escolarización preescolar y de los servicios sanitarios y sociales, así como a la supresión de los proyectos de viviendas de protección social. Las condiciones laborales han empeorado debido a la socavación de la legislación y los pactos laborales, que incluyen el debilitamiento de la regulación de la jornada laboral, la reducción del precio de las horas extraordinarias, la reintroducción de los turnos en muchas industrias, la reducción de la seguridad laboral, el aumento de los contratos temporales de corta duración, el aumento de los trabajadores subcontratados y de ETT y una mayor descentralización de las negociaciones. Uno de los efectos destacados que ha conllevado esa evolución ha sido la desmoralización de los trabajadores y el descenso de la afiliación sindical, ya que en términos de la protección de sus afiliados los sindicatos han fracasado. El desarrollo de los partidos populistas de derechas quizás sea la consecuencia más peligrosa de esa política de indulgencia sindical.

Consideraciones estratégicas

Así pues, ¿qué puede hacer el movimiento sindical para plantar cara a la ofensiva corporativa global? Una cosa está clara: la retórica radical no basta, aunque sea algo común en las reuniones internacionales. Las experiencias del primer Forum Social Europeo de Florencia, Italia, en noviembre de 2002, pueden servirnos como ejemplo. Allí se escucharon, al menos, dos tipos de posturas sindicales. Uno procedía de pequeños grupos militantes no representativos. El otro tipo era el que exponían los representantes de los sindicatos europeos de la línea convencional. Por ejemplo, un representante de un sindicato alemán, IG Metall, quería dar comienzo a la lucha por la semana laboral de treinta y cuatro horas. Sin embargo, se olvidaba de mencionar que, tan sólo un año antes, el mismo sindicato había negociado un acuerdo con Volkswagen que minaba los salarios y las condiciones laborales existentes a fin de incitar a la empresa a abrir una nueva fábrica en Alemania, en lugar de hacerlo en un país de bajo coste de la Europa del Este. Ninguno de todos esos representantes sindicales se ocupó de los problemas reales por los que atraviesa actualmente el movimiento sindical en Europa. Y es nece-

sario ocuparse de ellos si se quieren sentar las bases que permitan desarrollar una estrategia sindical viable.

Lo primero que hay que hacer es darse cuenta de que los sindicatos deben responder frontalmente a las políticas de confrontación de las empresas multinacionales y de otros intereses del capital. Existen desacuerdos y contradicciones dentro de esa postura en el movimiento sindical, tanto en los niveles nacional y local como en el nivel internacional. Por lo tanto, los sindicalistas que quieran revitalizar sus organizaciones tendrán que establecer nuevas alianzas fundadas en las mejores facciones del movimiento. Aunque existen numerosas excepciones, se trata de organizaciones sindicales que se encuentran sobre todo en el sector público, en los transportes, en algunos sectores privados de servicios y en toda una cantidad de ramas locales de todo el movimiento sindical.

Para enfrentarse a las corporaciones transnacionales, hay que crear redes y favorecer la cooperación entre los trabajadores de un mismo sector industrial para atravesar las fronteras tanto entre naciones como entre compañías. El desarrollo de la solidaridad internacional, basada en la clase, tendrá que poner fin a la tendencia a un sindicalismo de empresa que favorece a «nuestra» empresa por encima de «su» empresa. Es esa una tendencia que tiene una mayor tradición en el movimiento sindical estadounidense que en el europeo, pero que, a lo largo de los últimos veinte años, también en Europa ha cobrado fuerza, cuando unos sindicatos despolitizados y desradicalizados han unificado fuerzas con los patronos con el objetivo de proteger los empleos en el nivel nacional, y en competencia con las empresas de otros países. Esa estrategia de guía estrecha y errónea hay que sustituirla por una lucha conjunta basada en la clase en la que el control democrático de la producción y de la distribución debe pasar a primer plano.

Otra lucha importante en torno a la cual es necesario crear una nueva alianza sindical internacionalista es la lucha contra el presente asalto corporativo a los servicios públicos. Eso implica luchar contra las privatizaciones y defender los logros adquiridos con el estado del bienestar. El asalto corporativo a dichas partes de la sociedad representa un elemento primordial en la alteración de la relación de fuerzas entre trabajo y capital en nuestras sociedades.

Otro componente importante de una estrategia sindical progresista es el desafío al pensamiento imperante de la burocracia sindical: la ideología de la concertación social y del acomodo pacífico de trabajo y capital. Será necesaria una discusión interna difícil, pero amistosa, sobre este tema en particular dentro de nuestro movimiento. La discusión debería basarse en el entendimiento de que la política de concertación no es consecuencia de

conspiraciones o traiciones, sino el resultado de una evolución histórica específica. Hacen falta nuevos análisis capaces de explicar a la gente cómo se llevó a cabo el pacto histórico entre trabajo y capital y por qué ha quedado roto. Hay que tomarse en serio el descontento de la gente con los desarrollos actuales. Su ansiedad y su insatisfacción habría que politizarlas y canalizarlas hacia una lucha sindical y política de clase en defensa de las condiciones laborales y de vida. Es la única forma de evitar que a todas esas personas las movilicen los partidos populistas de derechas.

Deberíamos concentrarnos en las prestaciones sociales y en las condiciones laborales, en el embrutecimiento del trabajo que se está produciendo al exponer una parte cada vez mayor de la economía a la competencia del mercado, y en la reducción de la influencia de los trabajadores sobre su jornada laboral y de su control sobre el proceso de trabajo.

Es importante darse cuenta de que todo eso también tiene mucho que ver con la seguridad que las personas tienen en sí mismas. Se está atacando sistemáticamente la dignidad de los trabajadores: en el puesto de trabajo, en los medios de comunicación, en el debate público general y en el clima social y cultural de una sociedad dominada por un pensamiento y unos valores burgueses y unas políticas neoliberales. Eso sólo puede cambiar si se recuperan los conceptos de trabajo productivo, de relaciones de clase y de identidad de clase. Sin embargo, eso no es algo que se le pueda imponer a la clase trabajadora desde el exterior. Es algo que hay que desarrollar como parte de la lucha social y en el transcurso de esta.

Por último, hay que establecer alianzas con el nuevo movimiento global contra el neoliberalismo: a favor de la democracia, de la justicia y de la solidaridad globales. Este movimiento global de movimientos es en la actualidad más radical políticamente y más crítico con el sistema que los movimientos sindical y obrero, aunque sus conocimientos sobre las relaciones de clase sean pobres. El movimiento sindical necesita del radicalismo y la militancia de ese movimiento popular para romper con la ilusión de un compromiso entre clases. Si esa alianza se realiza de forma correcta y constructiva, ambos movimientos podrían reforzarse mutuamente y elevar el nivel de la lucha.

El pacto social nunca fue uno de los objetivos definidos del movimiento obrero. Fue la consecuencia de una evolución histórica específica. Sólo fue posible como resultado de un enorme cambio en el equilibrio de fuerzas entre trabajo y capital. Las precondiciones altamente específicas que hicieron posible un periodo relativamente estable de acuerdo entre clases fueron una combinación de factores: la Revolución Rusa, un movimiento obrero y sindical fuerte en Occidente, unos movimientos de liberación poderosos en

el Tercer Mundo y un largo periodo de crecimiento económico estable de la economía capitalista después de la Segunda Guerra Mundial. Aspirar a un nuevo compromiso entre clases, a un nuevo pacto social, en las presentes y mucho menos favorables condiciones de poder resulta ilusorio.

Así pues, el objetivo deber ser el de ir más allá del pacto social y del estado del bienestar. Sólo una transformación de la sociedad lo suficientemente profunda como para eliminar las precondiciones materiales que favorecen la restauración de las políticas neoliberales puede salvaguardar los intereses de la gente trabajadora. Y eso, no hay nada por debajo del socialismo que nos lo pueda proporcionar.

Notas

1. Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1994* (Penguin, Londres, 1994; traducción castellana en Ed. Crítica, Barcelona, *Historia del siglo XX*).
2. La lista de sindicatos incluía la Confederación Internacional de Sindicatos Libres [International Confederation of Free Trade Unions], las Federaciones Sindicales Globales [Global Union Federations], el Comité Asesor Sindical [Trade Union Advisory Committee] de la OCDE, la Confederación Mundial del Trabajo [World Confederation of Labor] y la Confederación Sindical Europea [European Trade Union Confederation].
3. Véase www.icftu.org/displaydocument.asp?Index=991216994&Language=EN.
4. Existen excepciones. En particular, la Internacional de los Servicios Públicos [Public Services International], organización paraguas internacional de sindicatos nacionales del sector público, ha tenido un papel importante en el movimiento del Forum Social Mundial, en concreto, a través de la red Nuestro Mundo no Está en Venta [Our World Is Not For Sale], que centraba sus esfuerzos en la OMC y en el comercio mundial (www.ourworldisnotforsale.org). Además, un número creciente de sindicatos nacionales, así como de sus ramas locales, se está implicando de manera cada vez más poderosa en el nuevo movimiento por la justicia y la solidaridad globales.
5. «ICFTU Statement on the Global Compact» [Declaración de la ICFTU sobre el Compacto Global], www.icftu.org.